

## LA ANTROPOLOGÍA CONTEMPORÁNEA COMO UNA FORMA DE NARRATIVA

María García Amilburu. I.E.S. Ramiro de Maeztu (Madrid)

Quisiera realizar en estas páginas una invitación a detenernos brevemente a considerar dos de las principales corrientes de la antropología contemporánea que se constituyen —y son consideradas por los mismos que las cultivan— como tipos peculiares de narrativa y a examinar las consecuencias que este modo de elaborar la antropología puede tener sobre el futuro de esta disciplina.

Me refiero en concreto a la antropología simbólica o interpretativa, que se inicia con el trabajo de Clifford Geertz, y a la nueva orientación del trabajo antropológico cristalizada a raíz del Seminario de Santa Fe en 1984 e integrada por antiguos discípulos de Geertz como James Clifford, George Marcus, Stephen Tyler, etc.. Aunque estos autores —a excepción de Tyler— no desean ser llamados «postmodernos», son conocidos de hecho como los principales exponentes de la antropología postmoderna.

En ambas corrientes, la antropología es fundamentalmente etnografía. Así lo indica Geertz expresamente: «el término ‘antropología’ se emplea aquí [y en toda su obra, añadido yo] de modo regular como equivalente de ‘etnografía’ u “obras de base etnográfica”»<sup>1</sup>. Y también, aunque admite que la etnografía no es el único saber antropológico, afirma: «yo empleo el término ‘antropología’ para referirme específicamente a la antropología sociocultural y, más concretamente a la de base etnográfica, sólo por pura comodidad expositiva»<sup>2</sup>. Así pues, a lo largo de esta comunicación, a no ser que se diga expresamente otra cosa, «antropología» y «etnografía» se emplearán como sinónimos para seguir el criterio semántico de Geertz y sus discípulos<sup>3</sup>.

### 1. *Un poco de historia*

La antropología, entendida como la descripción de costumbres de pueblos distintos del propio, es una ciencia relativamente reciente y alcanza su apogeo entre el final del siglo XIX y los años 70 de éste. Hasta esas fechas la actividad etnográfica conocida es relativamente escasa. Se puede decir que sólo disponemos de los relatos de Herodoto sobre las costumbres de los pueblos bárbaros, las descripciones de otras culturas realizadas por navegantes, mercaderes y misioneros y, más recientemente, los relatos de viajes de la época del imperalismo colonial. Los estudios realizados por Malinowsky en el Pacífico<sup>4</sup> marcaron un hito histórico y constituyen el inicio de la etnografía como disciplina académica. A partir de ese

---

<sup>1</sup> C. Geertz, *El antropólogo como autor*, Paidós, Barcelona, 1989, p. 9.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> Personalmente, me disgusta esta identificación entre antropología y etnografía, aunque Geertz señale que sólo obedece a una mayor comodidad expositiva. Me disgusta porque, como ya se ha mencionado, la corriente de pensamiento que tiene su inicio en el trabajo de Geertz se ha denominado «antropología interpretativa», mientras yo considero que la antropología interpretativa por excelencia es la antropología filosófica y no la antropología física o la sociocultural. Para ver las relaciones entre ellas, cfr. J. Chozza, *Antropologías positivas y antropología filosófica*, Cenlit, Tafalla, 1985, pp. 171-80.

<sup>4</sup> Cfr. B. Malinowsky, *Los argonautas del Pacífico occidental*, Península, Barcelona, 1973.

momento, se multiplicó el número de antropólogos que viajaban a tierras remotas para realizar trabajo de campo sobre las costumbres de los nativos<sup>5</sup>.

La etnografía ha estado siempre vinculada a los ambientes académicos. Geertz señala que a mediados de los años 50 los antropólogos eran introducidos en su tarea más o menos del siguiente modo: «ellos tienen una cultura. Tu trabajo es ir allí, volver, y contarnos cómo es»<sup>6</sup>. Los estudios etnográficos tenían una clara pretensión de objetividad, considerando que el antropólogo ideal debía ser un observador neutral que aprendiera la lengua de los nativos y conviviera con ellos una temporada, para volver a su lugar de origen y poder contar a los demás lo que había visto con afirmaciones categóricas del tipo: «estos son los hechos», «así viven los nativos», «éstas son sus instituciones», etc.

En la década de los 60 la etnografía seguía siendo fundamentalmente «estudio de pueblos», o «estudios de una comunidad», pero empezaron a surgir dudas acerca de la naturaleza de este trabajo. Las críticas eran tanto de carácter ético como epistemológico. Al principio, se discutió sólo la legitimidad del trabajo del etnógrafo: al tratarse de investigaciones llevadas a cabo principalmente por académicos europeos o estadounidenses en las colonias o en pueblos exóticos y primitivos, la etnografía se consideró una manifestación más de etnocentrismo. Era como si el antropólogo, con su sola presencia, estuviera diciendo «yo, que pertenezco a una cultura “superior”, vengo aquí a estudiar las cosas “raras” que hacéis vosotros los “salvajes”, cosas que son “raras y salvajes” porque son diferentes a las cosas que hacemos “nosotros, la gente civilizada”». Pero, ¿es honrado hacer este tipo de investigación?

Más tarde se puso en duda su misma posibilidad. ¿Realmente puede comprender una cultura alguien que no pertenece a ella? ¿Puede una persona captar algo tan vasto como es toda una forma de vida y encontrar palabras adecuadas para describirla? Tal era el clima de opinión en el que Geertz comenzó a desarrollar su trabajo.

## 2. El lugar de Clifford Geertz en la antropología contemporánea

Clifford Geertz nació en San Francisco en 1927 y es, en palabras de Marcus y Cushman, uno de los más prestigiosos antropólogos culturales contemporáneos. «Ha sido una figura influyente, no sólo como escritor de etnografías sino como introductor de fuentes de estímulo teórico. No hay una escuela geertziana como tal, pero la discusión de su obra y la de sus alumnos configura uno de los centros —quizás el más vigoroso— de todos estos experimentos [antropológicos]. La etnografía se ha convertido en un modo de hablar sobre teoría, filosofía y epistemología mientras se hace el trabajo tradicional de interpretación de los diferentes modos de vida. [...] Geertz es históricamente importante tanto por su notable independencia de estilo como por el hecho de que su obra, aparecida cuando declinaba el vigor del funcionalismo, sirvió para inspirar la tendencia actual de proyectos experimentales de la que ella es pionera»<sup>7</sup>.

En una entrevista realizada en 1991 por Richard Handler, Geertz rememora los principales hitos de su trayectoria profesional<sup>8</sup>. No se trata de repetir aquí el contenido de esta entrevista, pero sí desearía señalar algún aspecto que me parece relevante. Ante todo, se

<sup>5</sup> Con referencia a la «mitificación» del trabajo de campo que todo antropólogo que se preciara debía llevar a cabo, y las penalidades que esta labor lleva consigo, puede consultarse el chispeante libro de N. Barley, *The Innocent Anthropologist*, Penguin Books, Londres, 1983. (Hay traducción al español en Anagrama).

<sup>6</sup> Cfr. C. Geertz, *Tras los hechos*, Paidós, Barcelona, 1996, p. 54.

<sup>7</sup> G. E. Marcus y D. E. Cushman, «Etnographies as texts» en *Annual Review of Anthropology* 11 (1982), pp. 25-69. Hay traducción española en C. Reynoso (comp.), *El surgimiento de la antropología postmoderna*, Gedisa, Barcelona, 1996, pp. 171-213. La cita corresponde a la p. 184 de esta edición.

<sup>8</sup> Cfr. R. Handler, «An Interview with Clifford Geertz» en *Current Anthropology* 32 (1991), pp. 603-13.

pone de manifiesto que Geertz posee una amplia experiencia de trabajo de campo. En 1951, mientras realizaba sus estudios en el Departamento de Relaciones Sociales en Harvard, le ofrecieron la posibilidad de trasladarse a Indonesia durante dos años y redactar a la vuelta su tesis doctoral. Posteriormente dirigió un proyecto etnográfico desarrollado en Bali a lo largo de 7 años y a partir de 1965 trabajó también en Marruecos. Como fruto de estos estudios sobre el terreno, Geertz ha publicado numerosas monografías y un abundante número de artículos<sup>9</sup>. Sin embargo deseo detenerme no tanto en aspectos concernientes a la descripción de culturas particulares que ha realizado cuanto en el nuevo modo de llevar a cabo la tarea etnográfica.

En contraste con el postestructuralismo y el cientifismo reinante en el ambiente intelectual de la época y siguiendo la tradición antipositivista de Dilthey, Geertz comparte con Max Weber la concepción del hombre como un animal inserto en la urdimbre de significación que él mismo ha tejido. El análisis de la cultura no puede, por tanto, llevarse a cabo como si se tratara de una ciencia experimental a la búsqueda de leyes, sino que ha de entenderse como una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Lo que se pretende explicar son las expresiones sociales que resultan enigmáticas en la superficie<sup>10</sup>.

Como la etnografía debe así ser concebida como una tarea de interpretación, basada en la observación participante como proceso intersubjetivo, Geertz intentó establecer una hermenéutica etnográfica o cultural, una antropología post-empirista, es decir, una ciencia que rechazara las supuestas capacidades de predicción y verificación de la ciencia positiva<sup>11</sup>. Entendida como sistema de interacción de signos interpretables —que pueden ser llamados «símbolos»— la cultura no es una entidad, algo a lo que puedan atribuirse de manera causal acontecimientos sociales, modos de conducta, instituciones o procesos sociales; sino un contexto público dentro del cual pueden describirse todos esos fenómenos de manera inteligible, es decir, densa<sup>12</sup>.

Cuando Geertz rememora la trayectoria de su trabajo, advierte la novedad que en su momento supuso esta aproximación a la antropología. Comenta que a mediados de los sesenta se vio «profundamente comprometido o, mejor, enmarañado junto a los más dinámicos de mis colegas de allí [de la Universidad de Chicago] en lo que se convertiría después en una tarea extremadamente influyente y extremadamente controvertida: redefinir total y completamente la empresa etnográfica. Más conocida como “antropología simbólica”, [...] esta redefinición consistía en situar el estudio sistemático del significado, de los vehículos del significado y de la comprensión del significado en el mismo centro de la investigación y del análisis: hacer de la antropología o, al menos, de la antropología cultural una disciplina hermenéutica»<sup>13</sup>. Es decir, se trataba de un intento de «comprender de algún modo cómo comprendemos comprensiones que no son las propias»<sup>14</sup>. Estos intentos de comprensión debían expresarse por medio de relatos, narrativas. Concretamente, Geertz

<sup>9</sup> Por ejemplo, *The development of the Javanese Economy: a Socio-Cultural Approach* en 1953; *The Social Context of Economic Change: an Indonesian Study-Case* en 1956; *Modjokuto, Religion in Java* en 1958; *The Religion of Java* en 1960; *Peddlers and Princess* en 1963; *Agricultural Involvement* en 1963; *The Social History of an Indonesian Town* en 1965; *Islam Observed; Religious Development in Morocco and Indonesia* en 1968; *The interpretation of cultures* en 1973; *Meaning and Order in Moroccan Society: Three Essays in Cultural Analysis* en 1979; *Negara: The Theatre State in Ninethienth Century Bali* en 1980; *Local Knowledge: Further Essays in Interpretive Anthropology* en 1983, etc.

<sup>10</sup> Cfr. C. Geertz, «Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura» en *La interpretación de las culturas*, Gedisa 1983, pp. 19-43.

<sup>11</sup> R. Maligetti, *Il filosofo e il confessore. Antropologia ed ermeneutica in Clifford Geertz*, Unicopli, Milán, 1991.

<sup>12</sup> Cfr. C. Geertz, «Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura» en *La interpretación de las culturas*, pp. 19-40.

<sup>13</sup> C. Geertz, *Tras los hechos*, pp. 117-8.

<sup>14</sup> C. Geertz, *Conocimiento local*, Paidós, Barcelona, 1994, p. 13.

sostiene que «el ensayo, ya de treinta páginas, ya de trescientas [es] el género natural para presentar interpretaciones culturales y las teorías que en ellas se apoyan»<sup>15</sup>.

Surge así un interés por la escritura etnográfica que no sólo atiende al contenido, a lo que se dice, sino también a las cualidades textuales del informe etnográfico mismo. Con palabras de Carlos Reynoso, cabe afirmar que a partir de los trabajos de Geertz se abre el camino que llevará a considerar «las etnografías como textos, y la antropología como crítica literaria»<sup>16</sup>.

### 3. La antropología postmoderna

En abril de 1984 tuvo lugar una reunión de antropólogos en la School of American Research de Santa Fe en Nuevo México —conocida ordinariamente como el Seminario de Santa Fe—, cuyas sesiones fueron publicadas después por James Clifford y George Marcus en la compilación que lleva por título *Writing Culture*, y que constituye seguramente la primera colección de ensayos de antropología postmoderna<sup>17</sup>.

Una de las notas recurrentes del Seminario de Santa Fe fue la crítica de los postulados y logros de Clifford Geertz por parte de autores que inicialmente lo habían seguido. El punto de interés de los trabajos allí presentados queda determinado por el estudio de los relatos etnográficos mismos, planteando cuestiones relacionadas con la autoría del informe etnográfico, la condición multicultural del saber, las teorías de la diferencia, el relativismo cultural, la responsabilidad moral, política y social del etnógrafo, etc. Mientras que el interés principal de Clifford Geertz había sido la descripción y comprensión del otro, la preocupación de los postmodernos era más bien el estudio de *las representaciones antropológicas del otro*<sup>18</sup>. Es decir, parecen interesarse más por los textos sobre la cultura que por comprender la cultura como texto, con lo que parecen terminar haciendo meta-etnografía, algo así como una versión antropológica de la crítica literaria. Con todo, la importancia de las cuestiones que estos autores plantean a la antropología y a la filosofía en general es evidente.

Pero, en realidad, no cabe sostener que Clifford Geertz no se interesara por la escritura etnográfica antes del Seminario de Santa Fe, pues ya se ha mencionado que consideraba el ensayo como el género literario adecuado para expresar el trabajo etnográfico. Y afirmar que el ensayo resulta ser el género adecuado para la etnografía supone toda una reflexión previa acerca de los géneros literarios. Además, en 1988 había publicado *Works and Lives. The Anthropologist as Author*, donde se recogen los textos de cuatro conferencias dedicadas al estudio de las obras de Levi-Strauss, Evans-Pritchard, Malinowsky y Ruth Benedict. Desde el punto de vista teórico son particularmente interesantes el primer y último capítulo, que configuran el marco en el que deben leerse los demás, y que se titulan, respectivamente: «Estar allí. La Antropología y la escena de la escritura» y «Estar aquí. ¿De qué vida se trata al fin y al cabo?».

En el primero trata de justificar que el estudio de las narrativas de los etnógrafos es en sí misma una tarea antropológica. Considera la etnografía como un tipo de escritura y señala que la habilidad de los antropólogos para hacernos tomar en serio lo que dicen tiene que ver con su capacidad de convencernos de que lo que dicen es el resultado de haber podido penetrar (o haber podido ser penetrados) por otra forma de vida; de haber —de uno u otro

<sup>15</sup> C. Geertz, «Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura», p.19. Cfr. también *Conocimiento local*, pp. 14-6.

<sup>16</sup> C. Reynoso, «Presentación» en *El surgimiento de la antropología postmoderna*, p. 29.

<sup>17</sup> Cfr. J. Clifford y G. Marcus (eds.), *Retóricas de la cultura*, Júcar, Madrid, 1991.

<sup>18</sup> Cfr. E. Gellner, *Postmodernismo, razón y religión*, Paidós, Barcelona, 1994, p. 56.

modo— «estado allí». Como las bases que determinan lo que se acepta y lo que no tienen que ver con las personas, importa mucho quién habla. Lo que presenta serios problemas epistemológicos, relacionados con la posibilidad que tenemos los seres humanos —por mucho que se dediquen a la antropología— de salir de nuestros esquemas mentales y marcos de referencia para comprender a los otros y ser capaces de «meter sus “vidas” en nuestras “obras”»<sup>19</sup> Distingue también entre quienes son meros escritores —gente que escribe un texto, un libro— y autores —que son quienes crean escuela, escriben obras y se les considera fundadores de discursividad—. Así, va analizando las características de las obras de los cuatro autores indicados que, independientemente de sus limitaciones —puestas también de manifiesto por Geertz—, constituyen puntos de referencia obligados de la historia de la escritura etnográfica.

Sin embargo, los representantes de la antropología postmoderna van más allá —o quizá sea mejor decir que se quedan más acá— a la hora de examinar los textos de los antropólogos.

#### 4. ¿Hay un futuro para la etnografía?

Así las cosas, cabe preguntarse si la antropología entendida como narrativa acerca de los otros tiene todavía futuro o está llamada a desaparecer. Porque, por una parte, con el declinar del colonialismo, el desarrollo de las comunicaciones y del comercio, el turismo de masas, la dispersión de las etnias y su incrustación en otras nacionalidades, la globalización del planeta, etc., las condiciones de posibilidad de la etnografía misma están cambiando ostensiblemente. El mundo está aún dividido en distintos compartimentos, pero los pasillos entre ellos son cada vez más numerosos y están mucho menos resguardados que antes. El mismo derecho de escribir etnografía parece hoy estar en peligro.

Por otra, han de afrontarse los problemas epistemológicos relacionados con la posibilidad de comprensión «objetiva» de una cultura planteados por Geertz y los antropólogos postmodernos. «No hay duda —escribe Geertz— de que las cosas, cualquier cosa que sea, son: ¿qué otra cosa podrían ser? Pero en los relatos que hacemos de ellas traficamos con los relatos de nuestros informantes, de nuestros colegas, de nuestros predecesores, con los nuestros propios; son constructos. Relato de relatos, visiones de visiones»<sup>20</sup>. Los relatos etnográficos son en efecto constructos culturales; y, si se quiere seguir avanzando, conviene rechazar el temor a aceptar que los humanos vivimos en un mundo de constructos, que lo «real» no es algo que nos hayamos encontrado ya acabado. Admitir la construcción cultural del mundo humano no debería socavar la pretensión de «acceso a la realidad» característica del conocimiento humano. Aceptar el hecho de que los *hechos* —acontecimientos— están hechos, construidos<sup>21</sup>, no significa asumir una postura relativista. Supone simplemente intentar evitar el uniformitarismo etnocentrista y la estrechez de miras en favor de un sano pluralismo.

En un artículo de 1994 titulado «Anti-antirrelativismo», Geertz advierte con claridad que no desea defender el relativismo, pero sí combatir el miedo desmedido al relativismo, al que considera el causante de todos los males y de la pérdida de la paz en general. «Lo que se nos ofrece —dice— es la oportunidad de elegir entre distintas preocupaciones. Los llamados “relativistas” quieren que nos sintamos preocupados por el provincianismo: el peligro de que nuestras percepciones se emboten, de que nuestra inteligencia decaiga, de que se restrinja el campo de nuestras simpatías

<sup>19</sup> C. Geertz, *El antropólogo como autor*, p. 140.

<sup>20</sup> C. Geertz, *Tras los hechos*, p. 69.

<sup>21</sup> C. Geertz, *Tras los hechos*, p. 70.

por efecto de una sobrevaloración de las creencias de la sociedad en que vivimos. Aquellos que se autodenominan “antirrelativistas” quieren que lo que nos inquiete —como si de ello dependiera la salvación de nuestras almas— sea una especie de entropía espiritual, una muerte térmica de la mente en la que lo mismo da una cosa que otra: todo vale, a cada cual lo suyo, el que paga decide, sé muy bien lo que quiero, *tout comprendre c'est tout pardonner*. Por mi parte, ya he sugerido que en conjunto, y tal como están las cosas, la inquietud por el provincialismo me parece más justificada»<sup>22</sup>.

«La tendencia relativista o, más exactamente, la inclinación al relativismo que la antropología provoca en quienes tienen mucho trato con sus materiales está en cierto modo implícita en la disciplina en cuanto tal<sup>23</sup> [...] [pero] la idea de que exista un gran número de lectores de antropología tan imbuidos de una mentalidad tan cosmopolita que ya no saben reconocer lo verdadero, lo bueno y lo bello me parece bastante fantástica»<sup>24</sup>.

Teniendo en cuenta lo que hemos dicho, si volvemos a la pregunta acerca del futuro de la etnografía, ¿qué cabe responder? ¿Tiene sentido la antropología? ¿En qué espacio social puede estar justificado el trabajo de un etnógrafo? Geertz sostiene que resulta posible orientar la antropología hacia un estudio de las propias manifestaciones culturales de las sociedades occidentales, o diseminarla hacia el exterior a lo largo y lo ancho del *collage* internacional de la cultura postmoderna. La tarea del etnógrafo puede ser demostrar, o demostrar de nuevo, con distintos medios y en distintos momentos, que la descripción del modo en que otros viven no se presenta ya ni como cuentos sobre cosas que nunca ocurrieron ni como informes y fenómenos medibles producidos por fuerzas calculables, pero aún puede inducir a la convicción. Leer ese tipo de escritos merece la pena porque conduce a una concienzuda revisión de nuestra comprensión de lo que significa abrir (un poco) la conciencia de un grupo a (parte de) la forma de vida de otro, y por esa vía a (parte de) la suya propia.

Los conocimientos que nos ofrece la antropología pueden favorecer un ámbito de convivencia humana pluralista, contribuir a contextualizar nuestros puntos de vista, a hacernos menos dogmáticos, más comprensivos, y a conocer mejor nuestra propia cultura al darnos cuenta de que no estamos solos ni somos necesariamente los mejores.

Por ello, la antropología tiene futuro. Como el mismo Geertz afirma, «el uso de los textos etnográficos amplía las posibilidades del discurso inteligible entre gentes tan distintas entre sí en lo que hace a intereses, perspectivas, riquezas y poder, pero integradas en un mundo donde, sumidos en una interminable red de conexiones, resulta cada vez más difícil no acabar tropezándose»<sup>25</sup>.

\* \* \*

María García Amilburu  
I.E.S. Ramiro de Maeztu  
Madrid

<sup>22</sup> C. Geertz, «Anti-antirrelativismo» en *Los usos de la diversidad*, Paidós, Barcelona, 1996, p. 100.

<sup>23</sup> C. Geertz, «Anti-antirrelativismo», p. 98.

<sup>24</sup> C. Geertz, «Anti-antirrelativismo», p. 100.

<sup>25</sup> C. Geertz, *El Antropólogo como autor*, p.157